



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XVIII

San Salvador, C. A., Noviembre de 1963.

NUMERO 187

ORIENTACION

Cómo hacer frente a la Inmoralidad Juvenil

Problemas Educativos.

En otro lugar de este número de "ECA" presentamos a nuestros lectores la exposición de un problema actual que preocupa a los educadores católicos del mundo entero. Se trata de la actitud que frente al amor van adoptando las juventudes actuales, actitud de una constante y creciente promiscuidad, empujadas a ello por una propaganda sabiamente organizada y por las opiniones erróneas de los mismos educadores laicos.

Las consecuencias de ese modo de proceder de muchos de esos grupos que ceden a la que se ha llamado "teenager way", van resultando catastróficas, como lo prueban el aumento de enfermedades venéreas, la desenvoltura en el trato mutuo, la debilitación de la virilidad en ellos junto con la pérdida de la feminidad en ellas, las concepciones prematuras, los abortos, y hasta la homosexualidad.

No como única causa, pero sí como una de las más influyentes se señala a la coeducación, o sea la educación en común de muchachos y muchachas en las escuelas sobre todo secundarias, hasta el punto de que se comienza a pensar seriamente en la vuelta a los métodos tradicionales de separación absoluta o casi absoluta de los dos sexos durante el tiempo de la pubertad, como el mejor medio de reducir esa camaradería y exagerada intimidad actual. Y aunque es evidente que con ello no se podrá remediar radicalmente este mal, pues quedarían ejercien-

do su maléfico influjo el cine, la televisión, las novelas pornográficas, en una palabra ese ambiente de "sexo" del que se hallan impregnados casi todos los sectores de la vida social en nuestra civilización a la que aún seguimos llamando "cristiana", sin duda porque un día lo fué de verdad, al menos se habrá producido con ello una saludable reacción que prepare el camino a tiempos mejores.

Como verá el que recorra las páginas de dicho estudio, la alarma cunde en todos los sectores educativos de las naciones más afectadas por este mal, pero especialmente entre los católicos americanos, que desearían también deshacerse de esta pagana invasión, de la cual evidentemente no son ellos los culpables. Como se explica allí, fue más bien una alternativa forzosa entre los peligros para la fe y los peligros para la moral la que les forzó a aceptar la coeducación como mal menor.

Entre nosotros se halla establecida la coeducación en las escuelas oficiales, pero no en las católicas, con lo que el problema no presenta afortunadamente los mismos caracteres de gravedad. Pero hace falta dar ya desde ahora la voz de alarma y luchar denodadamente por conseguir la supresión de esta coeducación en las mismas escuelas oficiales antes de que sea demasiado tarde, no sea que cuando los países a los que hemos copiado bobaliconamente están ya de vuelta, nos empeñemos nosotros en continuar por un camino que ellos ya han abandonado. No sería la primera vez que en nuestras

Repúblicas se procede con esa "visión" un tanto miope en asuntos educativos y... en muchos otros, empeñándose en traer "técnicos" extranjeros cuando los tenemos suficientes en casa. (1)

Pero como la invasión ha de presentarse, querámoslo o no, y la tentación de continuar aquí la prueba ha de entusiasmar con mayor o menor buena fe a nuestros laicos gobernantes, encaramados sobre todo en nuestros Ministerios de Educación, se impone preparar ya desde ahora a nuestras familias.

¿Qué es lo que puede hacerse en este sentido?

Hay que informar a todos, a los de abajo y a los de arriba, sobre este conflicto entre educación y buenas costumbres, usando de los medios a nuestro alcance (prensa diaria, revistas, radio, conferencias, etc.) para que resplandezca la verdad íntegra y totalmente. Hay que exhortar a los gobernantes y diputados católicos para que planteen la cuestión en el seno de sus legislaturas, e informen y se hagan informar sobre esta plaga social.

Pero el remedio más eficaz es, a todas luces, el fortalecer al máximo el espíritu cristiano de nuestras familias. No sólo consolidar sino también extender este espíritu cristiano, ese ambiente de sana moral a otras familias, a quienes da la experiencia que preocupan menos esos problemas, pero que cooperarían en la campaña hacia el bien, si se les informa debidamente. El apostolado de los contactos, el trato mutuo entre aquellos matrimonios constituidos con arreglo a las sabias normas de la Iglesia, al estilo de las reuniones de formación que propicia el llamado "Movimiento Familiar Cristiano", sería un medio excelente. Es necesario que unas y otras se convenzan de que su cooperación para mejorar el ambiente es algo de todo punto necesario y que deben tomarlo con un espíritu sobrenatural, pensando que hacen en ello —como es así— un inapreciable servicio a la sociedad.

Hace falta fomentar del mismo modo el influjo de los Colegios católicos en las familias de sus alumnos o alumnas, dando vida a las Asociaciones de Padres de Familia, de manera a extender a todos ellos en su tanto los frutos de la formación cristiana que reciben sus hijos. Y ello mediante reuniones frecuentes en los Colegios de grupos de papás de tal o cual año, reuniones plenarias, ejercicios anuales, conferencias de formación. De otro modo se desvir-

tuará en gran parte la labor que dichos Colegios realizan con sus educandos, al ver éstos que en sus hogares ni se siguen los principios que a ellos se les inculca, ni se aprecian los valores morales que ven exaltados por sus educadores religiosos. (1)

Es necesario además agrupar a los jóvenes que van saliendo de estos colegios en Asociaciones de Antiguos Alumnos y Antiguas Alumnas, que sirvan para ayudar a conservar la amistad de esos grupos creada al calor de la convivencia en ellos durante la adolescencia, que propicien la creación de futuros hogares entre los mismos, y que no se limiten a ser lugares de esparcimiento en común, sino que sirvan para que no se apaguen aquellas buenas intenciones, aquellos deseos de vivir una vida cristiana, con los que abandonaron sus aulas.

Y ya en el terreno del influjo personal de los padres en sus hijos, se debe procurar que aquellos lleguen a tener ideas claras sobre lo que constituye la vocación matrimonial y la responsabilidad tan grande que pesa sobre los padres, máxime sobre los padres cristianos. (2)

Se les debe inculcar cómo la formación de las jóvenes generaciones en el orden natural no corresponde primariamente al Estado (error comunista-liberal, tan extendido entre nosotros), ni siquiera a la Iglesia en este orden natural, sino que es un derecho y una gravísima obligación de los progenitores. Que no pueden desentenderse de su responsabilidad ni aquietar su conciencia con decir: "Ya enviamos a nuestros hijos al colegio. Allá los religiosos, allá las monjitas que los eduquen como conviene". Ciertamente lo harán; pero lo harán sin que por eso desaparezca esta responsabilidad que recae primariamente sobre sus padres.

Si ellos no muestran interés por conocer cómo va esa formación de sus hijos, si se limitan a que "no les falte nada", pero no ponen esfuerzo alguno porque encuentren una acogida cariñosa en el seno de la familia, porque sus hogares sean focos de alegría y de paz en los que los jóvenes se hallen a gusto, será inútil o por lo menos tendrá una eficacia mínima cuanto la Iglesia, directamente por sus sacerdotes e indirectamente por sus educadores, se esfuerce en conseguir de ellos.

Con todo, y aun contando con esa poca cooperación en el hogar, es deber de la Iglesia el seguir inculcando en las nuevas generaciones los principios morales que les ayuden, si ellos se ayudan a su vez, a salvar este peligroso bache de la pubertad con el mínimo de perjuicios posible. Es deber de los centros de formación de

(1) En asuntos de enseñanza han estado "de moda" los asesores chilenos, a los cuales debe la enseñanza oficial ese fárrago insustancial de normas y textos de moral "cívica" con la que se ha pretendido sustituir vanamente nuestros tradicionales principios de ética natural, que eran en todo conformes con las enseñanzas de la Iglesia. Sería muy de desear que cuanto antes se haga una investigación a fondo sobre sus pésimos resultados y se los sustituya debidamente por otros más científicos. Véase sobre esta materia: CABRALES, Luis A., "¿Qué hacen de nuestros hijos?", "ECA", En-Febr., 1962, pág. 5 y sigs.; Orientación: ¿Qué hacen esos colegios católicos?", "ECA", Marzo 1963, págs. 41 y sigs.

(1) Véase "ECA", Marzo 1963, "¿Qué hacen esos colegios católicos?"; Abril 1963, "Tejer y destejer", donde se discute este problema.

(2) El Código de Derecho Canónico dice en su artículo 1113: "Los padres tienen obligación gravísima de procurar con todo empeño la educación de sus hijos, tanto la religiosa y moral, como la física y civil, y de proveer también a su bien temporal".

la Iglesia el fortalecer esas voluntades aún débiles con una vida de piedad, con una vida moralmente sana, abriendo sus inteligencias al bien y robusteciendo sus espíritus con los auxilios de la gracia de Dios, con la frecuencia de sacramentos, con el hábito de las prácticas cristianas. Y así lo hace y lo seguirá haciendo.

Sobre todo es necesario reaccionar con energía contra ese derrotismo cobarde que lo da todo por perdido. No se debe aceptar esa postura demasiado cómoda, esa excusa totalmente egoísta de decir: "ya nada se puede hacer; es inútil el luchar contra la corriente, ¿para qué pretender evitar lo inevitable?"

Al principio serán unas cuantas docenas de hogares los que hagan frente al mal. Pero, así como en otros terrenos una minoría puede hacer una labor disolvente, también una minoría decidida puede poco a poco introducir costumbres más sanas, más cristianas. Porque si el contagio para el mal es fácil, el contagio para el bien es también posible.

Es muy de notar, en este aspecto, el resultado de una encuesta llevada a cabo en Canadá por un profesor de colegios católicos, en la que se pone de manifiesto cómo en muchos casos es la ausencia de una minoría que resista lo que arrastra a muchos jóvenes a "seguir la corriente".

Refiere M. André Jobin en la revista "College et Famille" (1) lo siguiente: "Durante los años 59 y 60 presenté un cuestionario a 600 jóvenes y a 300 muchachas de edades que oscilaban entre los 15 y los 19 años, todos ellos estudiantes de diversos colegios de los alrededores de Quebec". "La conclusión a que he llegado, una vez hecho el escrutinio de las respuestas, es que dichos jóvenes, cuando discurren serenamente, reprueban estas relaciones prematuras". A pesar de todo, un gran número de ellos las admiten. ¿Cómo explicar este fenómeno? La respuesta de M. Jobin es que "la presión del medio social los arrastra a algo que sus convicciones personales no aprueban de ningún modo".

Unos meses más tarde Jean-Paul Labelle confirmaba en la misma revista (2) lo dicho por su colega en los siguientes términos: "Visito las escuelas de Montreal. Con frecuencia los mu-

chachos me han confesado que si se entregaban a estas relaciones prematuras lo hacían únicamente porque tenían miedo a las burlas de sus compañeros de grupo". Y añadía: "Es algo verdaderamente trágico el que estos jóvenes, mal informados sobre los problemas de la vida, se orienten hacia una existencia en la que hacer lo que todos se convierte en una norma de conducta".

Indudablemente que el día en que exista en esos colegios una minoría valiente que muestre su independencia, sin asustarse por sonrisitas más o menos, ese día muchos otros de carácter menos enérgico se unirán a ellos.

Para terminar, añadiremos un ejemplo que nos viene de la acera de frente, de los comunistas rusos, los cuales están también de vuelta en este terreno de la "coeducación". Después de haberla puesto en práctica por doce años, en 1933 renunciaron a esas "teorías pedagógicas progresistas" por la sencilla razón de que "se habían mostrado irremediabilmente débiles e ineficaces", e implantaron de nuevo su antiguo régimen pedagógico basado en la disciplina y el orden, en la autoridad y la obediencia, en el plan y el sistema, separando a los muchachos de las muchachas en las escuelas, sobre todo entre los 12 y los 18 años, "porque así, con una educación separada —declaraban— la vida del espíritu se desarrolla en forma más rica y plena conforme a las respectivas cualidades masculinas y femeninas", (3)

Debemos, finalmente, poner en guardia a todos, padres de familia y educadores, muchachos y muchachas, contra ese mimetismo ridículo que admite toda clase de innovaciones en las tradiciones seculares de nuestros países por el solo hecho de que "en otras partes se hace así", sin analizar primero quiénes son los que hacen tales cosas en esas "otras partes" y cuáles son los resultados de las mismas.

(1) COLLEGE ET FAMILLE; Quebec. Oct. 1962 p. 148. "Que pensent les adolescents des fréquentations?" por André Jobin.

(2) "COLLEGE ET FAMILLE", Quebec. Febr. 1963, pág. 35. "Peut-on s'aimer sans vouloir se marier?", por Jean-Paul Labelle.

(3) Loduchowski, Heinz. "La coeducación de los adolescentes y el problema de los "teenagers". Barcelona, Herder, 1933, págs. 98 y sigs.